

La AIP y su enorme capacidad para aglutinar la diversidad

Marlene Anaya García
Galicia - Colombia
marleneanaya@gmail.com

Coyuntural

Casi a punto de terminar de escribir mi contribución al *Boletín de Interpretación* de marzo de 2021, se celebran las XX Jornadas de la AIP: “Interpretación del patrimonio y espacios de memoria traumática”. Son unas jornadas inéditas, pues hace un año se declaró la pandemia de la Covid-19. Su impacto nos alcanza de pleno en todos los ámbitos en los que desarrollamos nuestra vida y, como es sabido, de la necesidad surgen opciones para que no todo se detenga.

Así que las XX Jornadas se llevan a cabo en formato online. La respuesta supera las expectativas y son dos días de interesantes sesiones con el formato de ponencias y comunicaciones. De forma paralela se habilitan otras opciones de participación, todas ellas virtuales, no podría ser de otra forma.



Participantes en las XX Jornadas de la Asociación para la Interpretación del Patrimonio.

La razón que motiva esta referencia a un encuentro que lleva veinte años produciéndose, es exactamente lo que sustenta el resultado de mi reflexión para el *Boletín*. Cuando acepto la invitación de Jorge —editor—, asoman los interrogantes propios del cometido: ¿desde qué lugar escribir sobre mi relación

con la interpretación del patrimonio? No soy una teórica de la disciplina, soy una practicante. He ejercido con pasión, durante buena parte de los años que llevo residiendo en Galicia-España, y gran parte de mi experiencia ha transcurrido al calor de la AIP, por eso la asociación es punto de partida y el eje alrededor del cual construyo mi relato.

Respuesta a una necesidad esencial

Soy colombiana, llegué a Galicia en 1997, y desde 2005 formo parte de la AIP. Mis andares profesionales en Cali, mi ciudad de origen, discurrieron por terrenos de la educación ambiental, y por afinidad, fue en esa dirección en la que dirigí mis pasos en el nuevo país. Mi primer contacto con la interpretación fue en 2001, en un curso en el CEIDA impartido por Jorge Morales. La conexión se produjo de inmediato, manteniéndose desde entonces hasta el presente.

Formar parte de una comunidad de profesionales, estudiosas y estudiosos de la disciplina, es apenas el inicio de una andadura compartida. A lo largo de estos años he sentido la AIP como un organismo vivo, con su pulso vital, su tejido social conectado a través de las personas que la conformamos. Un gran organismo que se nutre de la dinámica propia de una comunidad, el diálogo, los encuentros, los intercambios, las distintas formas, ámbitos y territorios en los que se realiza la práctica de la interpretación.

Hay momentos en los que su metabolismo aumenta de forma considerable. Acontece cada año, con la celebración de las Jornadas de la AIP. El resto del tiempo, su ritmo de vida se mantiene mediante la interacción que tenemos a través de nuestra lista de correos y los variados encuentros territoriales que ahora mismo no son posibles.

De forma paralela, y a lo largo de los veinte años de la AIP, surgieron diversos proyectos, colaboraciones entre profesionales de la asociación y con otras entidades, que, entre otras cosas, dieron origen a la publicación de títulos importantes en interpretación en castellano; la creación del Seminario de Interpretación del Patrimonio Natural y Cultural (SEMIP) del CENEAM, del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, donde en la actualidad se llevan a cabo importantes avances en materia de la profesionalización de los y las intérpretes del patrimonio, además de la elaboración y publicación de artículos fundamentales para el desarrollo de la disciplina en España y países de habla hispana.

Mencionar algunos de los hitos principales de la AIP responde a la necesidad de dotar de contexto una reflexión muy personal sobre el importante papel que desempeña esta asociación en la sociedad. En este sentido, hablar de repercusiones es hablar de un recorrido en el que ha habido actividad constante, con mayor o menor ritmo, como suele ocurrir en este tipo de colectivos. Es

vislumbrar la “corriente sanguínea”, si me permiten la analogía, que mantiene con vida el organismo.

Desde mi lugar de persona emigrada he vivido la experiencia del desarraigo y la necesidad de volver a “enraizar” para situarme en las nuevas coordenadas y continuar con mi proyecto vital. Hablo entonces no solo del anhelo, sino también de la urgencia de encontrar un sitio en el que seguir creciendo a nivel profesional; tiene que ver con la dimensión personal en un sentido práctico, sí, y se ciñe a un espacio más social en el que la búsqueda pasa de resolver las necesidades más básicas y perentorias al hallazgo de los pares, fundamental para un sano crecimiento personal y profesional.

Manfred Max Neef, economista ganador del premio nobel alternativo en 1983, conocido especialmente por su teoría de las necesidades humanas, en su matriz de “Necesidades y Satisfactores” (Max Neef et al., 1986[♦]) establece las categorías de necesidades Existenciales (ser, tener, hacer, estar) y Axiológicas, dentro de la que quiero destacar la *participación, la identidad y la libertad*, por el peso específico que tienen en un sano desarrollo personal con su consecuente efecto positivo en el conjunto de la sociedad.

En el cruce de coordenadas entre las mencionadas categorías aparecen definidos los satisfactores. Menciono algunos de ellos, y seguro que nos serán relevantes: *solidaridad, entrega, respeto, afiliarse, cooperar, compartir, pertenencia, valores, integración, reconocimiento, apertura, autonomía, igualdad de derechos, discrepar, optar...* Es en este cruce donde ubico el importante papel que cumple la AIP, desde la perspectiva de la dimensión humana, aglutinando personas y favoreciendo relaciones ricas basadas en la experiencia de compartir y crear saberes alrededor de la interpretación del patrimonio.

Una comunidad, las personas y el saber compartido

En su génesis, la AIP fue el proyecto personal de quienes la fundaron: Jorge Morales, Francisco José Guerra (Nutri, recientemente fallecido), José Manuel Cornejo y Javier Benayas, quienes compartían su pasión por la defensa y la conservación del patrimonio. Es interesante que la iniciativa cobrase la forma de asociación, lo que indica un horizonte de trabajo con marcado componente social y colaborativo.

Las personas que nos sumamos a lo largo de estos veinte años hemos visto crecer el organismo hasta convertirse en el ecosistema que es en la actualidad: en él se entrelazan relaciones e intercambios a semejanza de las hifas y micelios

[♦] Manfred Max Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn. Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro. *Development Dialogue*, Número especial, 1986. Cepaur y Fundación Dag Hammarskjöld, Santiago de Chile y Uppsala, Suecia.

de los hongos. Este crecimiento ha sido favorecido por la convergencia de intereses, siempre con la interpretación en el centro; por las interacciones entre las personas integrantes de la asociación y por la diversidad de ámbitos y perfiles profesionales presentes en ella.



XVI Jornadas de la AIP, Valsáin, Segovia, 2017. Foto: Jael Palhas.

Se habla de la inteligencia colectiva y, en mi opinión, somos un buen ejemplo de ella, sumando individualidades y con un alto grado de diversidad. Es un rasgo de singularidad el que una asociación vincule a gente tan heterogénea de múltiples lugares y países; de formaciones y perfiles tan distintos. Una riqueza no siempre fácil de gestionar, pero, por encima de las dificultades, prevaleció siempre el interés común, la pasión por la interpretación y la voluntad de crecer en horizontal integrando esa diversidad bajo unos principios claros. La AIP tiene una enorme capacidad para aglutinar la diversidad, la riqueza cultural y las procedencias multidisciplinares. Se puede decir que su magia es la de la interpretación: su versatilidad y su transversalidad. En consecuencia, se ha generado una progresión “intramuros” que a su vez precisó establecer nexos con el exterior, paso necesario para socializar los alcances logrados a través del

ejercicio profesional de la interpretación y su puesta en común en los distintos espacios y eventos de la asociación.

Las formas de hacer en el contexto asociativo responden a la dinámica participativa intrínseca en una colectividad que comparte objetivos, y así lo hemos expresado: “La AIP persigue, entre otros fines, promover actuaciones relacionadas con la disciplina, potenciar el desarrollo profesional y técnico, y fomentar una formación especializada” (en: web de la AIP). No hay acción sin reflexión, por ello generar espacios para ambos procesos ha sido fundamental para su crecimiento. Sin el trabajo colaborativo, la participación, el sentido de pertenencia, entre otros aspectos, no serían posibles los resultados concretos y los aportes al desarrollo de la interpretación que hoy en día se presentan a la comunidad hispanohablante.

Conectar personas, instituciones, territorios, incluso continentes, teniendo como eje articulador una disciplina como la interpretación del patrimonio, evidencia procesos individuales y colectivos de hondo calado. El propósito compartido ha sido el faro, nuestras las manos que reman para alcanzarlo, superando las vicisitudes de la travesía. No es de extrañar, entonces, que la circunstancia generada por la pandemia nos reuniera ante las pantallas, y el intercambio de saberes y vivencias salvara la virtualidad e hiciese posible sentir en primera línea los conceptos *intangibles* y los *universales*, de los que tanto hablamos.

Las organizaciones somos las personas y lo que hacemos dentro de ellas

La AIP trasciende el concepto legal que la define –asociación– porque, en términos prácticos y palpables, la AIP somos las personas que la conformamos; todas aportamos desde nuestro propio ejercicio profesional al fortalecimiento de la interpretación del patrimonio; es en el ámbito de lo colectivo en el que dicho aporte se materializa. Gracias a los espacios de reflexión y acción, a la cultura colaborativa y a la cooperación, ha sido posible volcar el saber construido y socializado en documentos de referencia, publicaciones, recomendaciones para las buenas prácticas, etc. Será un gran logro para la AIP cuando se alcance el hito de la profesionalización de los y las intérpretes del patrimonio.

La mayoría de la base social de la AIP nos encontramos en el territorio español, pero los puentes están tendidos con otros. El más notable es la América hispanohablante. En cierto modo, la AIP tiene un claro carácter de espacio transcultural unido por el idioma que compartimos.

En lo que me concierne, encontré respuesta a mi búsqueda. En 2005 llegué a la AIP; tiempo después sabría lo importante que era para mí el hallazgo. En ese momento me alegré de encontrar a mis pares y, según avanzó el tiempo, experimenté *la pertenencia, la integración, el respeto*, también el espacio para

opinar, discrepar, arriesgar y crear. Tengo un vínculo profundo con un organismo vivo del que soy parte y donde he hecho grandes aprendizajes vitales y profesionales.

Una de las cosas que más agradezco es que surgiera la posibilidad de ir a mi país, Colombia. Como quien regresa con un presente, siempre me ha acompañado la voluntad expresa de aportar a la tierra de mis orígenes. En 2007 viajé a Barranquilla para impartir un Taller de Interpretación del Patrimonio en el Primer Seminario Internacional de Interpretación Ambiental, en el zoológico de la ciudad, en el marco del IV Encuentro Nacional de Intérpretes Ambientales. La experiencia fue una oportunidad para poner en común conocimientos previos de la comunidad de guías de parques zoológicos y acuarios del país, abordar los conceptos fundamentales de la interpretación del patrimonio y ponerlos en contexto en los distintos paisajes y entornos ahí representados. Un círculo se cerró dentro de otro círculo más grande, mis anhelos se juntaron en esa vivencia, y regresé sintiendo que se puede “enraizar” de nuevo sin perder las raíces primigenias, ganando identidad; híbrida de saberes y lugares.

Soy parte de ese organismo pleno de vida que es la AIP, escucho su respiración y siento su latido, es la suma de muchos corazones percutiendo la palabra vida.